



**CARLOS FUENTES**  
por Ma. Elena Azpiroz

Cuando yo tenía 15 años, por una casualidad que sería ocioso relatar, me hice de un ejemplar de *La región más transparente*. Como en aquella época Concepción Ruiz Funez aconsejaba convenientemente a sus alumnos leer todo lo que cayera en nuestras manos, me di a la tarea de leer ese libro, cuya significación desconocía. La labor me tomó dos o tres semanas, al final de las cuales sólo dos cosas me quedaron claras: que Pimpinela de Ovando siempre tenía las axilas recién afeitadas, y que la palabra "mear" significa, según la explicación de uno de mis más queridos compañeros, "hacer pipí". Y justamente entonces surgió mi interés por Carlos Fuentes, quien en estas novelas, que son verdaderamente monumentales, excesivas, quizá, Fuentes confronta al país con su pasado, con su caricatura del presente, y lo condena a un estatismo irremediable. Además, el pueblo que participa de esto no tiene más que pasiones impersonales, que sirven de telón de fondo sobre el cual se recortan los personajes.

Todo lo anterior es, sin lugar a dudas, lo que se reconoce de inmediato en la obra de Fuentes. Son cuestiones que se pueden reafirmar, ampliar o tratar desde diversos puntos de vista.

Pero no es la revolución en sí misma, con su gran contenido histórico, lo que da el carácter privativo a la literatura del autor que hoy nos ocupa; sí lo son, en cambio, las complejas estructuras en las que se ensamblan los personajes con el tiempo y con el espacio, formando una especie de collage extraordinario, así como la voluntad de forma, la densidad y el ritmo poético.

Yo creo que hay momentos distintivos en la trayectoria literaria de Carlos Fuentes; dos obras en las que los esquemas nacionales y la indignación social pierden terreno y lo gana el individuo, el problema sin historia patria, el análisis de la desintegración personal. Me refiero a *Aura* y a *Cantar de ciegos*.

*Aura* es una narración extraordinariamente armada e incitante donde lo fantástico emerge de la realidad mediante el artificio literario. Esto, aunado a una magnífica estructuración de personajes, permite la verosimilitud en este texto, donde *Aura*, "encerrada como un espejo", según afirma el narrador, se desintegra para convertirse en su ancianísima tía. Se trata, sin lugar

a dudas, de un espectáculo prosístico admirable, en el que Fuentes aprehende los terrenos eróticos para entregarnos su espectro.

En *Cantar de ciegos* la angustia cotidiana de los personajes, así como las interrelaciones entre ellos, adquieren connotaciones devastadoras. Esto constituye, justamente, el eje central de cada uno de los relatos. Abundan el erotismo, el incesto, la sobreposición de personajes, la preocupación moral, la ironía y lo absurdo.

Si bien en estos cuentos Fuentes hace referencias a la ciudad de México, a momentos históricos y rasgos sociológicos, estas cuestiones no son fundamentales. Aquí interesa más el microcosmos, es decir, lo que le sucede al personaje, no lo que ocurre en la nación.

En "*Las dos Elenas*" y "*Un alma pura*", igual que en *Aura*, dos mujeres confluyen en una sola. En *Cantar de ciegos* lo cotidiano angustia y se torna absurdo; las fiestas son escandalosas y sensuales, y el jazz de Connonball Adderly o de Miles Davis nos permite olvidar el problema de la identidad nacional.

Mucho se ha hablado de Carlos Fuentes como novelista —como gran novelista— de la Revolución Mexicana; de Fuentes como forjador de la conciencia nacional, de Fuentes como el autor que agobia a sus lectores con la historia patria.

Pero Carlos Fuentes es, además de todo esto, un verdadero maestro del cuento; un constructor de personajes; un forjador de introspecciones y un autor que permite a sus lectores participar de la vida de los personajes.

Pero en las novelas como en los cuentos; en la macrohistoria nacional como en las microhistorias personales, la ambición, el profesionalismo, la audacia y el talento de Carlos Fuentes, son incuestionables.

Y toda su obra, en verdad, conduce a la enfermedad, a lo putrefacto, a la violencia, al sufrimiento por la vida, a la amargura, a lo macabro, a la agonía.

A fines de la década de los cincuentas, inició una recapitulación mítica y crítica de la Revolución Mexicana.

La Revolución apareció en sus textos ya no como lucha armada, sino como la institución permanente que abarca la totalidad de los fenómenos sociales y políticos de México. Desde el interior de esta institución omnipotente, sin embargo, Fuentes transmite la existencia y el eco de una desesperanza profunda.

Una característica —ya muy mencionada— de la obra de Carlos Fuentes, es la incorporación de la ciudad como símbolo y realidad de una creciente complejidad psíquica y social de la nación. La ciudad, sin embargo, no es el paisaje, es decir, no afecta como acontecimiento externo, sino que se fusiona con los personajes para formar una síntesis sensual.

Apoyándose en datos históricos y/o sociológicos, Fuentes encuentra mitos de la sociedad, y uniendo el conocimiento de la realidad a la perfección estilística, este autor nos presenta un medio social heterogéneo y asfixiante, ridículo y patético, a través de una narración violenta, desgarradora, iracunda y agresiva.

En *La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz* y *Las buenas conciencias*, por ejemplo, la nación, reprimida en todos los ámbitos, aparece como un estado de ánimo; como un terrible rencor hacia el pasado y una gran desesperanza por la incapacidad de hacer algo que apunte hacia el futuro.

